

LA COLT Y LA SONRISA

Es como los Beatles. Cuestión de acostumbrarse.

—"Marche preso!"

—"Pero, señorita..."

—"Nada de señorita! Agente Fulana!"

Así como sueña. Tan mona, tan frágil, hasta elegante con su traje gris impecable, la galerita última moda colocada sobre el cerquillo que le cubre la frente, los ojos discretamente maquillados, los guantes blancos, la cartera...

—Puedo saber, señor... digo, agente, qué lleva en la cartera? (a lo mejor una cachiporra plegadiza, como ciertos paraguas).

Cómo no! Guardamos guías del Uruguay, folletos que repartimos a los turistas. Y, por supuesto, todo lo que lleva una mujer en la cartera: rouge, polvos, peine; sabe?

Si sabré.

—Y, dígame, agente: ¿qué dijo su novio cuando usted le anunció que iba a ser policía?

—Ah, él, encantado.

—Pero, supongamos que no hubiese estado tan encantado: que le hubiera dicho NO! con mayúscula. ¿Qué habría pasado?

—Le hubiera hecho un llave de judo y listo!

—No me diga! Usted se animaría a desafiar a un delincuente, un hombre grande? ¿Cuánto pesa usted?

—54 kilos.

—A una mujer que pesa 54 kilos un hombre la tira de un moquete.

—Depende. Si la mujer sabe defenderse, no. Además, desde el mes que viene andaremos con un revólver.

—¿Ustedes aprendieron todo eso —judo, manejo de armas, auto defensa— igual que los policías?

—Claro. Somos policías. Es decir: agentes de seguridad pública. Tenemos los mismos deberes, las mismas atribuciones: prevenir el delito, detención de malhechores, profilaxis social, etc.

—Bueno; discúlpeme, agente. No es que yo desconfíe de sus habilidades, ni de su capacidad. Me gustaría saber si en estos días, cuántos...?

—Y... ya van quince.

—... si en estos quince días de actuación policial en las calles de Montevideo... A propósito: qué horario, qué atribuciones tiene usted?

—A mí me toca el turno de las 18 a las 2 de la mañana.

—Justamente. Debe ser el más bravo. Me gustaría saber, repito, si a usted no le tocó actuar en algún caso difícil, que haya puesto a prueba todos esos conocimientos.

—Sí, una vez. Con una menor que se había fugado de



su casa. Estaba viviendo con un hombre que, posiblemente, —y sin posiblemente— tenía intenciones de explotarla. Llamamos a la puerta.

—¿Cómo llamamos? ¿Cuántos eran?

—De noche vamos acompañadas por un agente en civil.

—Ah!
—Llamamos y el hombre no quiso abrir. Tuvimos que emplear la orden judicial. Y la chica no aparecía. Al final, la encontré. Estaba durmiendo con otra mujer. Se resistía a venir con nosotros. Me senté en la cama, le hablé, le hablé como una amiga... Tenía 14 años.

—¿Y usted, agente, cuántos años tiene?

—¿Yo? 23.

—¿No es demasiado joven?

—No. La mayor de nosotras —somos 21 las de esta promoción— tiene 35 y todas andamos por los veinte y pico. Si yo hubiera sido un policía, probablemente las cosas no hubieran sido fáciles. La chica se confió en mí, la sacamos sin violencia alguna. Ve para lo que servimos las policías femeninas?

—Veo, y la felicito por su

valentía. En serio: ¿no sintió miedo?

—Nunca tengo miedo.

—Ni yo, ni yo, ni yo... —dicen a coro las tres policías femeninas que me rodean en la Jefatura. Una dice:

—A mí me gustó siempre ser policía.

Otra declara, mientras se acomoda la galerita:

—Yo era modista, antes. Esto me resulta más de acuerdo con mi temperamento.

La tercera acomoda unos documentos en el fichero:

—No tuve un solo tropiezo en los dos meses de entrenamiento. Y tampoco en mi vida personal. Tengo un hijo de dos años que se queda con mi madre cuando trabajo.

Y el inspector Fernández Regueira, jefe de la Dirección de Seguridad y responsable de este contingente de policías femeninas, creado recientemente en Montevideo, remata el asunto:

—Estoy orgulloso de ellas. Me han resultado excepcionales. Creo que tienen un gran futuro.

En cambio, los malandrines tienen, ahora, un porvenir que es un desastre. — E. B.